

YI-FU TUAN

Cosmos y hogar

Un punto de vista
cosmopolita

TRADUCCIÓN DE ANA DUQUE DE VEGA


melusina

DOS ESCALAS Y UNA AUTOBIOGRAFÍA

EN *EL VIENTO EN LOS SAUCES*, Topo acaba de regresar a su acogedora casa subterránea. Muy pronto y para su satisfacción su cabeza descansa cómodamente sobre la almohada. Poco antes de cerrar los ojos, recorre la habitación con la mirada, deteniéndose en «objetos afablemente familiares... sumidos en el tenue resplandor del fuego». ¡Qué agradable es volver a casa! Y sin embargo, Topo no desea renunciar a aquellos parajes espléndidos que se encuentran por encima del suelo; no tiene la menor intención de darle la espalda al sol y al viento, y volver arrastrándose a casa para quedarse. «El mundo exterior era demasiado intenso, todavía le llamaba, incluso ahí abajo; y sabía que tendría que regresar al gran teatro de la vida».¹

¿Hasta qué punto compartimos, a finales del siglo xx, el sentir del personaje de Topo? ¿Acaso muchos de nosotros no sentimos la imperiosa necesidad de permanecer en nuestra madriguera? ¿de encontrar apoyo en lo que nos es familiar en lugar de buscarlo en el «gran teatro» del sol y el aire libre que, en ocasiones, pueden resultar desagradables? ¿el sol abrasador en lugar de cálidamente agradable, el aire glacial en lugar de vivificante? Incluso en Estados Unidos, donde durante una época se fomentó la movilidad y los grandes espacios, ahora se da prioridad a la palabra «lugar»; y a menudo en el mundo, la especificidad cultural y la herencia étnica parecen tener mayor resonancia y despertar mejores sentimientos que los conceptos de cosmopolitismo y universalismo que, desde la era

de la Ilustración hasta casi la primera mitad del siglo xx, inspiraron las principales alianzas emocionales e intelectuales en los líderes creadores de opinión.

En un nivel básico (y reflejo), este cambio resulta sorprendente, aunque sólo sea porque la trayectoria vital del ser humano comienza en «casa» para después salir al «mundo»; del «hogar» al «cosmos». Al crecer, el mundo se amplía. En caso contrario, la vida se detiene atrofiada. En todas las culturas humanas se celebra la transición a cada una de las etapas de la vida que implican una mayor madurez y el acceso a ámbitos de actividad y responsabilidad cada vez mayores. Se censura de las sociedades patriarcales que la mujer deba permanecer confinada en el hogar. Se censura de las sociedades jerarquizadas que los miembros de las clases más bajas queden relegados a las actividades de ámbito doméstico —casa, pueblo, vecindario—, mientras que la élite sale a disfrutar del mundo. La élite puede gozar del mundo y de la casa; pueden ser cosmopolitas y, sin embargo, regresar al hogar para satisfacer su necesidad de reconstituirse y renovarse. Se trata de la clase privilegiada. Las sociedades ilustradas tienen como objetivo ampliar estos privilegios a un número cada vez mayor de personas, anteriormente privadas de ellos, hasta conseguir que nadie sienta que los límites de su casa son también los de su mundo.

No obstante, muchos seres humanos, al igual que Topo, pueden albergar sentimientos contradictorios en relación con ambos extremos de la escala geográfica. El hogar, aun siendo reconstituyente, puede resultar opresivo; el cosmos, aun siendo liberador, puede presentar aspectos apabullantes y amenazadores. En las pequeñas comunidades no alfabetizadas se considera que la edad adulta es, sin lugar a dudas, la mejor etapa de la vida. La nostalgia por el reducido mundo de la infancia es ahí un fenómeno prácticamente desconocido, tal vez porque el mundo de los adultos, aunque mucho más

amplio, es más estable y no resulta amenazador: una vez superados los ritos de iniciación, cuando los jóvenes adultos conocen las normas sociales y dominan las habilidades técnicas del grupo, se les garantizan ciertos privilegios que retienen sin más esfuerzo. En las comunidades complejas y alfabetizadas, la vida en la esfera pública es más abierta e incierta; y en el caso de las sociedades modernas todavía más incierta.

Para ilustrar estas diferencias podemos tomar como ejemplo dos sociedades complejas, China y Estados Unidos. En la China tradicional, la élite formada por la pequeña nobleza erudita se arrogaba de forma exclusiva el cosmos, en el que se incluía el mundo sagrado de ceremonias y rituales, así como el mundo secular de los privilegios y bienes materiales. Sin embargo, ascender la escalera del éxito nunca ha sido fácil, ni siquiera para los más privilegiados: el auge y la caída de las principales familias es una constante de la historia china. El hecho en sí de que el gran mundo de la sociedad sea tan abierto provoca cierto desasosiego, la ausencia de la satisfacción duradera. La añoranza es un tema recurrente en la poesía china, en parte debido a la práctica habitual de asignar a los funcionarios destinos distantes de sus ciudades natales: los magistrados pueden sentir de antemano el dolor del desarraigo, aunque simultáneamente se alegren con la noticia de su ascenso para encargarse de la jurisdicción de una ciudad más importante.² En comparación con la clase privilegiada, la gente corriente tiene poco margen para la ambición: su avance en el mundo rara vez implica algo más que un pequeño paso. En compensación, disfrutaban de la sensación de comodidad social y cultural.

No obstante, existe un ámbito concreto de la vida en el que, sin duda, la élite china se siente más segura: la esfera de la naturaleza. Los logros materiales de la civilización fomentan este sentimiento de seguridad: en concreto, el alto funcionariado chino es testigo de la capacidad y el ingenio de los

seres humanos para construir infraestructuras con el objetivo de controlar el peligro de inundaciones y facilitar el riego extensivo, obras que contrarrestan el potencial devastador de la naturaleza. Los ritos cósmicos, que confieren dignidad al movimiento de los cuerpos celestes y al paso de las estaciones, son una prueba de esta confianza. Para la pequeña nobleza y los funcionarios, el cosmos es imponente sin ser inquietante; a pesar de sus muchos misterios, básicamente es impersonal, armónico, y accesible para el entendimiento humano. Por el contrario, para los campesinos, que constituyen el grueso de la población, la naturaleza es un ente impredecible y aterrador que sólo la magia y los sacrificios pueden propiciar, aplacar o conjurar. La morada del campesino resulta tranquilizadora debido a su carácter familiar y permanente, pero está habitada por espíritus y demonios, cuya existencia es una señal inequívoca de los irresolubles desarreglos e inseguridad de su forma de vida. Por esta razón, tanto la «casa» (el hogar) como el «mundo» (el cosmos) presentan ventajas e inconvenientes. Sin embargo, no cabe duda de que, si pudieran elegir, la mayoría de los chinos preferirían disfrutar de los placeres, los estímulos y la protección de la naturaleza que ofrece el «mundo».

En la época en que se fundó Estados Unidos, el cosmos estático, enraizado en la antigüedad clásica y la Edad Media, empezaba a ser reemplazado por una nueva visión científica y tranquilizadora de la naturaleza y por un concepto de la historia que impulsaba un cambio lineal (progresivo). La visión científica de la naturaleza podría parecer estática en su perfección: el sistema de Newton contribuyó especialmente a fomentar esta impresión. Sin embargo, la historia universal emergió como paradigma predominante del pensamiento de los siglos XVIII y XIX, desbancando a las leyes eternas de la naturaleza, siendo la ciencia, sobre todo en sus aplicaciones, la que contribuyó a esta sensación de movimiento y progreso.